

## ERRORES.

(SUS CAUSAS).

*Diminutæ sunt veritates.*

Las verdades no se aprecian.

(SAL. XI, 2.)

La primera necesidad, así como el primer bien del hombre, es la verdad: verdad en la Religion, que, al mismo tiempo que nos da ideas sublimes y puras de la divinidad, nos enseña á rendirle homenajes dignos de ella; verdad en la moral, que prescribe á todas las clases sus deberes, sin rigor ni debilidad; verdad en la política, que, haciendo á las autoridades más justas, y á los súbditos más sumisos, liberta á los gobiernos de las pasiones de la multitud, y á la multitud de la tiranía de los gobiernos; verdad en los tribunales, que hace temblar el vicio, da seguridad á la inocencia, y saca triunfante la justicia; verdad en la educacion, que, hermanando los preceptos con la conducta, hace, que los maestros sean al mismo tiempo los modelos y los directores de la infancia y de la juventud; verdad en las letras y en las artes, que las preserva del contagio del mal gusto, del falso ornato y de los falsos pensamientos; verdad en el comercio de la vida, que, desterrando de él la impostura y el fraude, afianza la seguridad general; verdad en todo, verdad ante todo: hé aquí lo que busca, con los deseos secretos de su corazón, el género humano todo entero: en tanta manera han comprendido los pueblos, que la verdad es útil y el error nocivo.

Pero ¿en qué consiste que, á pesar de este amor secreto á la verdad, que se encuentra en el corazón de todos, esté tan extendido el error, y extravie tan frecuentemente al sábio, lo mismo que al vulgo? ¿No podremos ascender hasta las causas de nuestros errores, y llegarlas á conocer para libertarnos de su influencia? Yo no diré, que, señalando los escollos en que se estrella la razón humana, podrán prevenirse todos sus naufragios; pero, acaso, se evitarán muchos; y este pensamien-

to y esta esperanza me han inspirado el designio de hablaros, hoy, de las causas comunes de nuestros errores. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Las causas principales de nuestros errores son la debilidad de la razón, la ignorancia, los conocimientos imperfectos, la ciencia misma, la aplicación falsa de los diversos principios de verdad, la preocupación, la curiosidad excesiva, las pasiones.

Hablemos, primeramente, de la debilidad de la razón. Colocado, digámoslo así, el hombre, entre el sér y la nada, presenta por las facultades de su alma algunos rasgos de semejanza con su divino autor; pero, al mismo tiempo, se resiente de las imperfecciones y de la miseria de todo lo criado. Está dotado de entendimiento, mas, su inteligencia es limitada; y, aunque no le sea imposible conocer la verdad, no le es concedido verla y conocerlo todo; en vano murmura su orgullo contra los límites de la razón, jamás podrá salvarlos; y tan imposible le es formarse un entendimiento infinito, como hacer que su cuerpo sea inmortal. ¿Y qué extraño es, que, no siendo infinito, esté sujeto á errores? Por más que supongamos reunidos en una misma persona, el talento más perspicaz, el corazón más recto y la más vasta instrucción, nunca será más que un hombre, un sér de facultades limitadas; tendrá, sí, el poder de combinar los objetos, de compararlos y darles un verdadero valor, para evitar el error en sus juicios; pero esta misma facultad, que constituye su más noble prerogativa, descubre, al mismo tiempo, su debilidad. Si se exceptúan algunas verdades primarias, que ilustran el entendimiento con su propia luz, como el sol hiere los ojos con el brillo de sus rayos, jamás ve el hombre los objetos de una sola ojeada; y, en la mayor parte de sus conocimientos, solo puede llegar á la verdad por medio de multiplicadas combinaciones, de esfuerzos penosos, y de un largo círculo de racionios. En este trabajo, basta un solo descuido y un solo momento de olvido ó de letargo de su razón, para que, aún sin que él lo advierta, se introduzca el error en los resultados: ni el ingenio, ni la buena fé, bastan para precaverle de toda ilusión.

2. No solo es limitado el entendimiento del hombre en aquello que conoce, y está expuesto á concebir ideas inexactas, incompletas y aún falsas, sino que hay una multitud de cosas que ignora enteramente. La ciencia es como un campo inmenso, que el cielo confía á nuestros cuidados y á nuestro trabajo; en algunos parajes produce frutos sin cultura; pero, en la mayor parte, el hombre lo fecunda únicamente con el sudor de su rostro, y jamás uno solo podrá desmontarlo todo.

¿Y cómo podremos juzgar con acierto de lo que no conocemos? Fijemos la vista en el vulgo, y advertiremos, que, ignorando los secretos resortes de la naturaleza, las leyes físicas, que mantienen la armonía en el mundo, la causa de los fenómenos celestes y de las maravillas que asombran sus ojos, y falto del estudio necesario para ilustrarse en estas materias, puede, por lo mismo, ser en ellas el juguete de los sentidos y de la imaginación, y atribuir lo que ve al influjo de causas extravagantes, de que nacen las opiniones ridículas y aún supersticiosas: ¡y cuántos hay, que, tenidos por ingenios brillantes, son como el vulgo en su modo de juzgar, y hablan decididamente sobre lo que ignoran! Los hombres universales son muy raros. Juzgue cada uno solamente de lo que conoce; tengamos la prudencia de suspender nuestro juicio sobre lo incierto, y desaparecerán la mayor parte de las opiniones falsas. Esta reflexión nos conduce á la tercera causa de nuestros errores, á saber, lo incompleto de nuestros conocimientos.

3. Nada hay más general que ciertos talentos, que, contentándose con un estudio superficial y vago, todo lo tocan ligeramente, sin profundizar nada; y, cuando deberian ser muy reservados y modestos, deciden de todo con un tono magistral y resuelto. Una de las más incurables manías de los que se tienen por sábios y de brillante ingenio, es querer saberlo todo, y erigirse en doctores, aún en lo que solo conocen á medias; y de aquí ese diluvio de sistemas en materias de moral, de política y de educación, capaces de trastornar al mundo entero: de estos mismos, dice Pascal, en el título XIX de sus *Pensamientos*: «que tienen alguna tintura de la ciencia, hacen los entendidos, turban el mundo, y juzgan de todo peor que los demás.» Una ignorancia juiciosa vale más que un saber presuntuoso: el hombre cuerdo conoce su debilidad, se la confiesa á sí mismo y desconfía; al paso, que un sábio, á medias, se envanece por lo que sabe, se arroga una instrucción de que carece; y, sin tener aquella prudente detención que inspira el buen juicio, ni las luces que dá una ciencia profunda, se entrega á los falsos brillos de su imaginación, y se extravía. No es ciertamente el más ignorante aquel que nada sabe, sino aquel que, sin saber, cree saber, de lo que provienen las más funestas y ridículas pretensiones.

4. Una cuarta causa de nuestros errores, es, á veces, la ciencia misma. ¡Felices por lo general aquellos, cuya memoria, enriquecida por un largo estudio, es como una mina inagotable, de que pueden sacar tesoros siempre nuevos! Cuando un juicio sólido y un talento de temple superior dirijan la erudición, producirá obras apreciables; pero la misma erudición podrá ser para el talento débil una carga

que, digámoslo así, le abruma. No basta poseer un caudal de conocimientos, es preciso que el entendimiento tenga la fuerza necesaria para soportarlos, y bastante penetración para discernirlos todos, y saber darles su justo valor. Sin esto, existirán, sí, los materiales, pero no el arquitecto capaz de formar de ellos la obra. La ciencia, sin el juicio, solamente servirá para extraviar al que la posea, para ofuscarle y deslumbrarle con mil resplandores opuestos, de modo, que no acierte á discernir la verdadera.

5. Paso á la quinta causa de nuestros errores, que es la mala aplicación de los principios de verdad. El entendimiento humano se ejercita en diversas clases de conocimientos, y extiende su dominio, no ménos al mundo intelectual, que al físico; por todas partes busca la verdad, y solo cree poseerla, cuando se siente herido de una luz tan viva y tan penetrante, que no puede resistirla: en esta convicción profunda é íntima del entendimiento, es donde encuentro para él la certeza; pero preciso es observar, que cada clase de conocimientos tiene también su clase particular de prueba; me explicaré. Que un niño, por ejemplo, debe amar á su madre, que en Italia existe una ciudad que se llama Roma, y que la circunferencia de un círculo es tres veces el diámetro, son tres cosas igualmente ciertas para nosotros; de modo, que sería una proposición irritante y contraria al sentido comun, decir, que es *cierto* que la circunferencia es tres veces el diámetro, pero que es solo *verosímil* que exista Roma, y nada más que *probable* que un hijo deba amar á su madre. Nuestra convicción es la misma, é igual nuestra certeza sobre estos tres puntos; pero los medios de producirla en nuestra alma son del todo diferentes: pues no probamos el deber de la piedad filial por el cálculo, la existencia de la ciudad de Roma por el sentimiento, ni las proporciones del diámetro á la circunferencia por el testimonio humano. Cuidemos de no aplicar á una clase de conocimientos la clase de pruebas que no le sean propias, y no busquemos las operaciones geométricas en objetos que no sean susceptibles de ellas. Todo el mundo cree en la existencia de César, tan firmemente, como se puede creer en una proposición de Euclides, y, sin embargo, no se adquiere el convencimiento de este hecho histórico por demostraciones geométricas. Pascal ha observado, que la geometría se funda en principios de una evidencia palpable; pero que hay cosas más sutiles y más delicadas, que se sienten más que se ven, y que sería una ridiculez tratar geoméricamente. Cuantas veces quiera un algebrista aplicar su ciencia á las cosas de puro sentimiento, de gusto y de autoridad, á la moral ó á la historia, el literato y verdadero crítico se burlará de sus vanas teorías, como

él mismo tendría derecho de burlarse del que quisiese resolver sus problemas por las reglas de la moral: y aún, para indicarlo de paso, todas las ciencias humanas se refieren á una ciencia primitiva, á saber, la de los principios, ó la metafísica. Solo se llega á las verdades geométricas pasando por otras verdades anteriores, cuyo sentimiento existe en todos los entendimientos; de modo, que la certeza de aquellas supone ya la certeza de éstas: por lo cual, los que han asegurado que nada hay cierto más que las matemáticas, no han sabido lo que se decían.

6. Estamos, señores, en la sexta causa de nuestros errores, la preocupación. Hay personas de tal modo dominadas por ciertas ideas, que les son peculiares y que miran como un descubrimiento propio, que llegan á ser como inaccesibles á cualquier otro pensamiento, absorbiéndose en ellas de tal modo sus facultades, que parece que no les que queda para las demás sentimiento ni inteligencia: esta es una especie de obcecación del entendimiento. Si alguna vez se ocupan de materias diferentes de aquellas, que son el objeto exclusivo de sus afecciones, siempre es con distracción, sin aplicarse, y sin capacidad para penetrar otras relaciones más recónditas, y ciertos visos más delicados que importa mucho percibir: de aquí provienen las nociones imperfectas, que son el origen de los juicios errados. ¿Y hasta qué punto no puede extraviarse la razón, si se une á esta preocupación el espíritu de sistema? Generalmente se inclina el hombre sabio á la formación de teorías generales, en la investigación de las causas segundas que rigen el mundo físico y moral, y muy frecuentemente suele creerlas ántes de haber reunido y comprobado el suficiente número de observaciones. Dispuesto ya de este modo el entendimiento, se obstina en su opinión; la hace objeto de su gloria, hasta infatuarse con ella; ve solamente lo que la favorece, sin hacer caso de cuanto haya en contrario, y acomoda los hechos á su sistema, no su sistema á los hechos. De este modo quiere que la experiencia, los monumentos, y hasta el raciocinio sirvan á sus ideas favoritas; y hé aquí lo que ha producido tantos sueños políticos, que debían hacer la felicidad del género humano, y no han sido más que su espanto y su azote, como igualmente todas esas novelas acerca de la naturaleza, que se ha intentado hacer pasar por su historia.

7. Otra de las causas de nuestros errores es el espíritu de curiosidad. Es tan grande defecto en el raciocinio, llevarle adelante en demasía, que la señal de un buen juicio es saber contenerse y poner freno á aquella curiosidad soberbia, que quisiera siempre traspasar sus límites. Ansioso de ciencia, el entendimiento se irrita contra los obs-

táculos que se oponen á su debilidad y quiere vencerlos; pero si alguna vez es feliz su audacia, se precipita otras muchas en las regiones de la mentira; pues no es dado al hombre en la tierra gozar de una luz perfecta, y nuestros conocimientos van siempre mezclados con alguna oscuridad. Por tanto, cuando el entendimiento ha llegado á recibir la impresion de pruebas convincentes y luminosas, debe contentarse; y aunque no pueda verlo todo con la misma claridad, no debe desconocer la verdad, porque se le presente envuelta en algunas nubes: es una regla fundamental de todo raciocinio, no abandonar una proposición bien sentada, porque se presenten aún algunas dificultades, que no se puedan resolver con toda claridad. La razón tiene cierta intemperancia, así como la tiene el corazón; y el hombre juicioso debe precaverse á un tiempo contra entrambas.

8. Mas, no basta esto, señores; pues inútil sería el estar alerta contra las ilusiones de los sentidos y de la imaginación, contra el abuso de las palabras y los equívocos del lenguaje; inútil el haber estudiado las operaciones del análisis y de la síntesis, y aprendido á ordenar y eslabonar las ideas, á ligar las consecuencias con los principios, y á descubrir los vicios de que suele adolecer el raciocinio, si, por otra parte, extraviados por las pasiones, les diésemos cabida en el lugar de la razón. Las pasiones, tienen una lógica insidiosa que inutiliza todas las reglas de la lógica común. Nuestro siglo ha sido la época del análisis, y también la de los errores más monstruosos: que la verdad, para dejarse sentir, requiere no ménos un corazón recto; que un entendimiento ilustrado; pues las luces, sin la buena fé, de nada sirven. Se ha dicho, que el orador es el hombre de bien, que posee el don de la palabra; y del mismo modo pudiera añadirse, que el lógico es el hombre de bien, que posee el arte de raciocinar con exactitud.

Y en efecto, las pasiones son á manera de una nube que oscurece la inteligencia, y se pone entre la razón y la verdad: así es como perturban y agitan el alma, haciéndole perder aquella atención fija, aquella rectitud é imparcialidad severa, que nos preservan de la ilusión y del error; pues sabida cosa es, que la codicia, el orgullo y el deleite son los tres manantiales de la mayor parte de las extravagancias de los hombres en las cosas más importantes de la vida.

Digo la codicia, porque es la más ciega de todas las pasiones, y la más fecunda, tanto en opiniones erróneas, como en acciones injustas: la experiencia lo comprueba. Supóngase, que nos consultan sobre un negocio en que no tenemos parte, y que en nada toca á nuestros intereses: desde luego veremos las cosas como son en sí, sin preocupación ni apasionamiento, y el dictámen que demos, será, si no infalible,

á lo ménos dictado por el amor sincero de la verdad. Pero trátese de una cosa que nos interese, y ya estamos naturalmente propensos á inclinar la balanza á nuestro favor; nos hacemos ingeniosos para hallar pretextos y sutilezas, que nuestra imaginacion nos pinta como razones; y de aquí trae su origen la máxima popular, de que *nadie debe ser juez en su propia causa*. Entónces se nos figuran fácilmente realidades las simples apariencias, y, al cabo, nos dejamos llevar de ilusiones, que podrian pasar por sinceras, si tuviesen un origen más noble que el interés personal.

Además, ¿de dónde nacen tantas disputas ruidosas en los tribunales, tantos pleitos entablados ó sostenidos por la mala fé? Yo bien sé, que hay cuestiones delicadas, sobre las cuales pueden estar discordes los hombres más íntegros y doctos; pero confesemos tambien, que si la codicia no pusiese una venda en los ojos de los interesados, desaparecería la mayor parte de las desavenencias que desconciertan ó arruinan las familias.

No es el orgullo un enemigo ménos peligroso de la verdad: naturalmente se ama el hombre á sí mismo; pero este sentimiento legítimo, ó por mejor decir, necesario, degenera fácilmente en exceso; y de aquí provienen aquella afición ciega á las opiniones y producciones de su entendimiento, aquellas ilusiones que le hacen ver bellezas en donde todo el mundo ve defectos, y le inducen á considerar como efecto de la envidia ó del ódio la censura más benigna y juiciosa. El orgullo nos excita á querer dominar los ánimos, y mandar hasta en los pensamientos: por él despreciamos los conocimientos ajenos, la autoridad de los sábios y de la experiencia, y preferimos extraviarnos, yendo solos, á seguir el camino trazado por la sabiduría: por el orgullo queremos, con preferencia á todo, formarnos una reputacion y distinguirnos de la multitud; de modo, que movidos más por el deseo de fama, que por el amor á la verdad, nos apasionamos de brillantes mentiras, con tal que puedan conducirnos á la celebridad. El orgullo inventa las paradojas y las defiende con una terquedad irreducible. No hay que esperar atraer á estos espíritus atrevidos por las máximas de una razon sana y moderada, ni hacerlos ceder á la fuerza de la autoridad, ni contenerlos por el temor de un trastorno general en el mundo religioso y político: nada se adelantaria contra su orgullo indomable. Hay entendimientos poseidos de un orgullo diabólico, que abrasarian el mundo entero porque prevalecieran sus opiniones.

Debo, en fin, exponer la última fuente de los extravíos del corazon, y, por consiguiente, del entendimiento. Hay una pasion dulce en la apariencia, y aciaga en la realidad, que se insinúa en el alma por to-

dos los sentidos, y la lisonjea para tiranizarla, que embriaga á sus adoradores sin contentarlos, y hace pagar con grandes amarguras los cortos placeres que proporciona; una pasion celebrada en los teatros y en las novelas, objeto de los poemas más serios, como de los más frívolos, y que representan continuamente el mármol y el lienzo: pasion que, para seducir, toma todas las formas, mostrándose, algunas veces, bajo del exterior más descarado, y adornándose otras hasta con el velo de la modestia. Hablo, señores, de aquella inclinacion tan viva á cuanto lisonjea los sentidos, del amor del deleite y de los placeres sensuales. «No hay en la naturaleza, decia Architas de Tarento, uno de los primeros y más grandes varones de su tiempo; no hay en la naturaleza pasion más funesta al hombre que la sensualidad; no hay placer á que se arroje con mayor ímpetu y frenesí; él es quien ocasiona las traiciones á la pátria, el trastorno de los estados, las inteligencias criminales con el enemigo; no hay delito á que no excite tan funesta pasion, que, en continua lucha con la sensatez, corrompe el juicio, ofusca los ojos del entendimiento, y no acierta á hermanarse con la virtud.

¿Y una pasion que desordena de tal modo todas las facultades del alma, dejará de ser un grande obstáculo para conocer la verdad, para tomar afición á ella, y confesar altamente sus severas máximas? La voz de la sabiduría difícilmente se deja oír en la embriaguez y en el tumulto de los placeres; la imaginacion del voluptuoso pinta y hermosea hasta lo más criminal, todo lo desnaturaliza, y altera hasta los nombres: el libertinaje se llama inclinacion, chanza el discurso licencioso, y la perseverancia en una pasion loca, heróica fidelidad. Hermanos míos, la verdad es eterna como el mismo Dios de quien procede. Si brilla ante vosotros, no desvieis de ella vuestros ojos, no huyais, si os busca; si quiere triunfar, es para vuestra felicidad; es vergonzoso resistirle, y glorioso ser vencido por ella. Decirla, es nuestro deber, y el vuestro, es escucharla. Escrito está, «que los labios del sacerdote serán depositarios de la ciencia, y que en sus discursos se han de buscar la regla y la ley.» Venid, pues, á escuchar las más importantes verdades, con el deseo de rendiros á sus impresiones, con valor para seguir las y llevar su yugo, aunque parezca ménos dulce á la naturaleza; venid, pues, á este sagrado templo con tan felices disposiciones de entendimiento y corazon: así os ilustrareis, os hareis mejores, y un dia, viendo cara á cara la verdad infinita, sereis en el cielo perfectamente felices.